

Recensión

Jacob BUGANZA-Rafael CÚNSULO, *Breve esquema de antropología filosófica*, Buenos Aires, Ágape, 2012, 176 pp.

La antropología filosófica es una rama de la filosofía no sólo importante, sino una de las más necesarias. De hecho, nuestra reflexión filosófica se va centrando cada vez más en el ser humano. Podemos especular acerca del cosmos, o acerca de la ciencia, pero siempre acabamos aterrizando en el hombre. Tanto la ética como la política implican ese realismo tan concreto. Pero ellas mismas suponen una antropología filosófica.

Además, ya por sí misma la reflexión sobre el ser humano tiene consistencia y prioridad. Por eso, los autores de este libro la abordan valientemente. Algo tenemos que saber sobre el hombre, porque toda empresa nuestra supone una idea de él y más vale afrontarlo y hacerlo seriamente.

Así, los autores comienzan por definir la antropología filosófica, como el estudio de la naturaleza humana, o de la condición humana. Puede elegirse el nombre que se quiera, pero venimos a concluir en lo mismo. Incluso a través del estudio de la historia o de la cultura, tratamos de conocer la naturaleza humana, bien encarnada en esas dos instancias o contextos.

En el libro se habla también de la metodología de esta rama filosófica. Sus autores mencionan y conocen varios métodos, unos más analíticos, otros más sintéticos, pero lo que me parece importante es que aplican de manera especial la hermenéutica, y, más concretamente, una hermenéutica analógica.

Ésta supone que el ser humano es un microcosmos, esto es, reivindica la antigua idea del hombre como compendio del mundo, ya no tanto para marcar su alta dignidad, como para señalar su compromiso con los demás seres de la naturaleza. Sabemos cómo el hombre ha abusado de los recursos naturales, y cómo ha dañado a otras especies. Por eso, atendiendo a la lección de los ecologistas, el ser humano debe ser visto no tanto como la especie

más excelente, tampoco como la peor, sino como la que puede hacerse cargo de responsabilizarse por la naturaleza misma.

En esta perspectiva, el libro ve al hombre como un núcleo de intencionalidad, como un centro de intencionalidades distintas. Las más importantes son la del conocimiento y la de la voluntad. Tiene una intencionalidad cognoscitiva y otra volitiva. Por la primera se dan en él un conocimiento sensible y otro inteligible. También un apetito sensible y otro racional, al que llamamos voluntad.

Además, el hombre es un todo analógico, es decir, tiene dependencia de lo material, sin lo cual no puede vivir, y tiene que trabajar para lograrlo, y también una vida intelectual o espiritual, por la que trata de rebasar esas necesidades básicas, pero, como es lógico, primero tiene que satisfacerlas para poder entregarse al gozo de la contemplación sapiencial.

Por eso, el hombre es una totalidad. Ella es lo que llamamos sujeto. Los autores toman en cuenta las críticas que se han hecho del sujeto. Pero el balance es que no se ha querido destruir completamente la noción de subjetividad, sino debilitarla, reducirla, para que no tenga las pretensiones que tuvo en la modernidad.

En este sentido, me parece importante el que hablen de un sujeto analógico. Éste no pretende la claridad y luminosidad del sujeto cartesiano, que ahora está muy puesto en duda. Pero tampoco se van hasta el otro extremo de negar toda subjetividad. Los mismos críticos más acerbos del sujeto (Nietzsche, Freud, Bataille...) lo que han hecho es disminuirla, abajarla, con más modestia y humildad, sin la prepotencia que antes tenía.

Por ejemplo, se ha visto que Lévinas llega a un concepto muy parecido al de Lacan, con una idea de sujeto fragmentado, pero no disuelto. Foucault, al final de su vida, incluso se interesó en las formas de subjetivación, y no tanto de minar o destruir al sujeto, como lo había hecho en sus primeros escritos. Ya al último le interesaban más los procesos de hacerse sujeto y ver qué tienen de aleccionador para el ser humano.

Es decir, en la actualidad se rechaza el sujeto unívoco, al que aspiró la modernidad, pero que ha recibido tantos descalabros y humillaciones. Uno recuerda lo que Freud llamaba golpes al narcisismo, primero con Copérnico, que hizo ver que el hombre no es el centro del cosmos, sino un polvillo dentro de él, como reafirmará Pascal; Darwin hizo ver que el hombre no es un ángel encarnado, sino que ocupa un lugar en la evolución de las especies; y el propio Freud hizo ver que hay una región oscura, el inconsciente, a la que no llega esa luz de la conciencia que tanto proclamaron los racionalistas.

Sin embargo, los autores se afanan por mostrar el alto valor de la persona, y algo que me parece atinado es hacerlo en su relación con el otro. Es decir, no se trata de una reivindicación de la dignidad humana de manera egoísta, centrada en el individuo, sino en la relación con el otro. Es un poco lo que decía Lévinas, un humanismo del otro hombre, o el fundamentar los derechos humanos en primer lugar como derechos del otro, lo cual es pensar en obligaciones más que en los solos derechos, en una perspectiva más abarcadora.

De esta manera, se nos entrega un esquema de antropología filosófica muy útil. Porque se puede ver que es base para otras disciplinas, como la ética, la filosofía política y la filosofía del derecho. En efecto, ya ha pasado el tiempo en el que se veía como falacia naturalista el usar la antropología filosófica como apoyo para esas otras disciplinas. Ahora más bien se piensa que no se puede edificar una ética sin un estudio del hombre; si no, ¿cómo le vamos a poder decir lo que le compete como conducta moral? Partimos de una idea de hombre tanto para la ética como para la política y el derecho. Y más vale explicitarla mediante la antropología filosófica. La filosofía de la educación también y muchas otras disciplinas llevan implícita una filosofía del hombre, y más vale que se la explicita, si no, estaremos condenados a reproducirla inconscientemente, y a veces incluso poniendo en peligro o dañando al ser humano.

Es significativo ver que, aun cuando Heidegger criticó a Cassirer porque hacía antropología filosófica y la quiso suplir por la ontología fundamental, después muchos –como Kar Löwith y Leo Strauss– discípulos suyos se dieron cuenta de que lo que escondía *Ser y tiempo* era una antropología, pues era una ontología basada en el ser humano. El último que señaló esto fue un querido amigo mío, trágicamente muerto, Franco Volpi, quien llegó a tener esa interpretación, bastante aceptada entre los especialistas.

Por eso me parece que debemos agradecer a Jacob Buganza y a Rafael Cúnsulo este servicio tan grande que nos hacen con su libro, y felicitarlos por la entereza que han puesto en algo tan capital para todos nosotros, la comprensión del hombre, la búsqueda del ser humano.

Mauricio BEUCHOT